

Arturo Gómez Martínez, Chiapas, coordinado por Walter S. Morris, y Veracruz, en el que participaron Marcia Castro-Leal, Arturo Gómez Martínez y Marco Antonio Reyes Hernández. Es inútil tratar de dar aquí una idea de la riqueza o de las intuiciones que despiertan estos tres últimos tomos. Valga decir solamente que el dedicado a Chiapas, por ejemplo, hace un verdadero esfuerzo por inventariar y entender los patrones simbólicos que aparecen en los tejidos y bordados indígenas de Los Altos: en este tomo encontraremos un estudio titulado “Las hijas del Señor de la Tierra” en el que se explica cómo un huipil hace emerger simbólicamente a su portadora en el eje del mundo y cómo el bordado constituye una representación del universo.

No nos queda, pues, sino esperar a que esta colección siga creciendo para poder adentrarnos aún más en el disfrute y en el estudio de los diseños y las iconografías con las que solemos representar el mundo. Casi está de más decir que estos libros y su esfuerzo de catalogación constituyen un elemento valiosísimo para entender el universo mítico y poético que demasiado a menudo tratamos de comprender sólo a través de las palabras.

SANTIAGO CORTÉS HERNÁNDEZ

Rubentino Ávila Chi. *Andando bajo el monte, picando chicle, cazando lagartos, tumbando palos y haciendo milpa. Una autobiografía*. José Antonio Hernández Trujeque, Leticia de los Ángeles Caballero Mass y William J. Folan, ed. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2009; 270 pp.

En una compilación publicada en los Estados Unidos durante la década de 1990, la estudiosa hindú Gayatri Spivak planteó una pregunta que se considera fundamental en la corriente de los estudios poscoloniales: ¿pueden hablar los subalternos?, que también se ha traducido como ¿tienen voz los marginados?¹

¹ Gayatri Spivak. “Can the Subaltern Speak?”. En *Colonial Discourse and Postcolonial Theory*. Patrick Williams y Chrisman Laura, comp. Nueva York: Columbia University Press, 1994.

La interrogante de la crítica literaria oriental ha adquirido un carácter legendario por las respuestas que desató. Sin embargo, se trata de una pregunta vinculada desde hace varios siglos con determinadas orientaciones de los estudios históricos, concretamente con la historia oral.

La historia oral contemporánea, cuya herramienta fundamental es la entrevista, se ha caracterizado, reitero, por dar voz a los excluidos, a los que mira como participantes plenos de la historia. De manera muy significativa, ha prestado oídos al universo a las mujeres, con lo que ha propiciado el avance de la historia de género. Asimismo, ha dado gran atención al mundo popular en todas las acepciones del término, aun en condiciones de extrema pobreza y analfabetismo. Ha tomado en cuenta a las minorías olvidadas por la historia tradicional.

Los trabajos de historia oral, con frecuencia relatos de vida, comparan fronteras movedizas con ciertos textos de sociología y antropología. Debido a su carácter generalmente narrativo, los testimonios resultantes se aproximan a la literatura. Existen algunos casos emblemáticos en la cultura mexicana contemporánea.

Uno de ellos es *Juan Pérez Jolote* (1952),² del antropólogo Ricardo Pozas. La obra narra en primera persona la historia de un indio maya tzotzil de San Juan Chamula, Chiapas, y a través del relato individual se ofrece la radiografía de una cultura. Dada su excelente prosa, el texto pronto formó parte del canon de la novela indigenista mexicana. Fue un acontecimiento relevante en la tradición indigenista. Tras dos décadas —al menos— en las que varios novelistas se esforzaron por conocer, describir, adivinar, recrear la mentalidad y el lenguaje de los indígenas mexicanos, apareció este libro, que constituye una invaluable fuente de primera mano.

Otro ejemplo clásico, esta vez en el contexto urbano, es el libro titulado *Los hijos de Sánchez* (1961),³ cuya publicación en español (1964) suscitó polémica e incluso escándalo en el medio cultural mexicano. Oscar Lewis, antropólogo norteamericano, sostenía la existencia de una cultura de los grupos dominados, a la que llamaba también subcultura de la pobreza. El investigador, como es sabido, convivió con una familia pobre de la ciudad

² Ricardo Pozas. *Juan Pérez Jolote*. México: FCE, 1952.

³ Oscar Lewis. *Los hijos de Sánchez*. México: FCE, 1964.

de México, la de Jesús Sánchez, y grabó durante horas los testimonios de sus integrantes. *Los hijos de Sánchez* deja ver a los lectores desde el interior la vida cotidiana en los barrios bajos capitalinos, un panorama de lo que significa sobrevivir en el hacinamiento y las carencias de lo más elemental.

En la historia oral, la voz del biografiado no llega directamente al público, sino — por supuesto — a través de la voz del mediador, que aunque sólo se proponga transcribir el discurso no puede dejar de imprimirle su huella, en mayor o menor medida a través de la selección y organización de los materiales. Una huella a veces discreta y disimulada, pero que otras se hace evidente.

La autobiografía del indígena chiapaneco Rubentino Ávila Chi se inscribe, como la de Juan Pérez Jolote o la de Jesús Sánchez y su prole, en la tradición de los trabajos que expresan la perspectiva de los desposeídos. Se ubica con legitimidad en la cultura de la pobreza. Tal vez el seguimiento de la vida de este hombre de la masa habría sido considerado insignificante en algún libro de historia tradicional y hubiera sido reducido a una cifra dentro de la historia de un grupo social. Nos habríamos perdido entonces los matices de la sensibilidad, la picardía y el talento individual que se descubren en este relato.

El relato de la vida de don Rubentino no se transmite a través de los métodos de la historia oral, sino del puño y la letra del biografiado, una escritura a doble renglón que, a decir de William Folan, llenó 19 cuadernos.

La autoría de don Rubentino es indiscutible, pero el tema de la mediación, en este caso tal vez de varias mediaciones que participan de alguna manera en la factura del texto, presenta algunos problemas. Por ejemplo, el antropólogo Folan cuenta en el prólogo que el protagonista “escribió una pequeña parte del texto en lengua maya, la cual fue editada y traducida por el lingüista David Bolles Piper”, conecedor del maya y del español. Además agrega que “el licenciado Filipencio Tuyub Huchín nos ayudó también con algunas precisiones” (12). Pero en el desarrollo de la narración nunca se indica qué parte fue escrita en maya y cuál en español, si bien los fragmentos fotografiados de los cuadernos que adornan la edición están en esta lengua.

Folan reconstruye el proceso de la escritura de este documento. El trabajador, nacido en el pueblo de Pomuch, no escribió su testimonio por

voluntad propia, sino por encargo del antropólogo, quien lo consideró el “informante ideal” para un proyecto sobre las centrales chicleras del Petén campechano. En un principio, da cuenta el académico, propuso al jornalero durante una convalecencia de este último “elaborar una lista de las aguadas y hatos existentes en las centrales chicleras que había conocido” (11). La tarea luce –entre paréntesis– bastante complicada, pues entre ambos enlistaron unos seiscientos campamentos situados en Campeche y Quintana Roo, más algunos en Guatemala.

Más adelante, cuenta Folan, lo persuadió para que escribiera su autobiografía y le proporcionó cuadernos y pluma, además de un pago por página. Esta gratificación ayudaría al informante a concentrarse en el trabajo sin la presión de la urgencia económica que había regido cada uno de sus días desde la infancia.

Foland explica que el manuscrito original fue capturado por José Antonio Hernández Trujeque para hacerlo “más legible”. “Después”, agrega, “se formaron oraciones, párrafos y capítulos, y fue corregido por Leticia de los Ángeles Caballero Mass”. Por último, aclara que “las únicas modificaciones que se hicieron se relacionan con la determinación de palabras y algunos ajustes para hacerlo más comprensible, sin cambiar el sentido dado por el autor” (11).

En esa formación de párrafos, en esa ordenación de capítulos, enriquecidos además por muy adecuados subtítulos explicativos, en esa selección de palabras, en esos ajustes puede apreciarse el sello de los académicos colaboradores del texto. Pero no puede saberse la medida de su participación.

En este sentido, los numerosos diálogos incluidos entre “el autor y sus conocidos, amigos y colegas”, si bien a decir de Folan constituyen “una forma de relatar una historia muy común entre los campesinos”, resultan especialmente intrigantes. Los diálogos, tanto desde el punto de vista comunicativo como literario, son excelentes, muy ágiles. Imposible saber si así los transcribió Ávila Chi o si fueron reelaborados por los mediadores, como me inclino a suponer.

La impresión más sorprendente en el primer acercamiento a esta biografía es la movilidad continua del protagonista. Por lo general, en la conformación de la identidad de un individuo tienen que ver ciertos elementos: su nombre, su vida familiar en la primera infancia y en su

vida adulta, el sitio donde reside, el oficio al cual se dedica. Pero aquí estamos ante un caso en el que todos estos elementos son inestables, movedizos y transitorios.

Nacido en 1917, en el pueblo de Pomuch, de padre carnicero y madre ama de casa y con dieciocho hermanos, los primeros años de la vida de Rubentino fueron difíciles. Desde la infancia tuvo contacto con el trabajo y el dinero, si bien no para mantenerse todavía: “Yo, desde los diez años me dediqué a vender leña para comprar mis canicas y jugar con Ada Ávila, a quien por apodo le decían *la Gata*” (35).

Al fallecer el padre, la madre se vio obligada a pedir limosna para sostener a sus hijos. Fue en ese momento que Rubentino empezó a salir de su casa por temporadas para realizar algún trabajo; a los 18 años abandonó su pueblo por primera vez para irse a “chiclear” a Jaina. Desde ese momento vivió en nomadismo continuo. Todo se volvió andar y peregrinar, de ahí que el título del libro — con cinco gerundios — resulte adecuado, al referirse a una acción en marcha continua, simultánea a la enunciación.

El propio personaje se define como nómada: “Yo no tengo confianza de casi nadie, porque soy un caminante” (62), dice alguna vez. También afirma: “Mira que yo he andado mucho por diversos lugares donde he visto de todo, a excepción de don Satanás” (80). Y en otro pasaje vincula el desplazamiento constante con su filosofía aventurera de la vida, que se asemeja a la de los pícaros literarios:

Y es que como uno anda de un lado para otro no es posible andar con las bolsas llenas de dinero todo el tiempo. Es un sufrir, pero así le gusta al hombre joven, y si es enamorado y jugador, peor. Lo digo porque así me pasaba, pero yo nunca le decía no al trabajo, a cualquier cosa le entraba (75).

Casi siempre en busca de ocupación, la errancia del hombre fatigó diversas regiones de la península: laboró en ejidos y pueblos de Campeche, Yucatán y Quintana Roo. Fue asimismo hasta Veracruz y la capital del país. Extendió sus actividades hasta Guatemala, El Salvador y California.

Ávila Chi tuvo que ver con prácticamente todas las actividades productivas de los estados del sureste mexicano: el cultivo del maíz, la re-

colección del chicle, la matanza de lagartos y tortugas de carey, la tala de los bosques, la apertura de brechas petroleras en la selva y la colocación de durmientes para ferrocarril. En alguna etapa se desempeñó asimismo como pintor, e incluso como torero.

La voz del narrador evoca historias fragmentarias, un tanto deshilvanadas, de distintos episodios. Por ejemplo, cuenta que tuvo muchas mujeres; con algunas formó familia, con otras no, pero siempre parece tratarse de relaciones no duraderas. Narra que a los 18 años tuvo una esposa, Juana Hernández, con quien procreó un hijo aunque ella lo dejó, y continúa su relato diciendo:

Como a los tres meses [del nacimiento del hijo] se fue a visitar a sus padres al Álamo, Veracruz. Poco tiempo después me enamoré de Eduarda Juárez, pero sólo estuve con ella un mes porque se fue con otro hombre. Posteriormente me hice novio de Bertha Sofía Carrillo Figueroa, a quien sus padres nunca dejaron que se casara conmigo [...]. Para 1938 [a los 21 años] me fui a Guatemala por tres años y al regresar me junté con Estela Turriza [que era de edad avanzada y no podía tener hijos]. Luego me casé con Gabriela del Carmen Dzul, con quien tuve tres hijos; [como] le gustaban los bailes y a mí no, pues terminó por abandonarnos [...]. Después tuve a una señora que se llamaba Ermila y con quien tuve dos niños [...]. Con Dolores González Muñoz tuve un niño [...], pero al regresar de Guatemala, donde me fui por seis meses a trabajar el chicle por segunda ocasión, ya la señora se había juntado con otro hombre debido –según ella– a que los 30 dólares que le mandaba no le alcanzaban para el resto del mes [...]. [Después de un viaje de tres meses a Los Ángeles, California] me busqué a otra mujer con la que tuve seis hijos [...] (39-40).

Estos son apenas sus vínculos iniciales. A lo largo de su existencia, la tónica es la misma; no se necesitaban muchos motivos ni mucha reflexión para reunirse o desunirse. Un tanto presuntuoso, narra cómo eran las mujeres quienes lo acosaban y buscaban su compañía, aun si eran casadas.

Las anécdotas de la vida de Rubentino se van enmarcando en el tiempo, en forma más o menos constante, a través de referencias precisas: fechas, acontecimientos históricos, nombres de gobernantes. Por ejemplo:

Cuando el ciclón Janet pasó por Chetumal, Quintana Roo (en el mes de septiembre de 1955), el gobernador era el C. Margarito Ramírez, quien estaba en el poder desde hacía más de 25 años (47).

Para esta época [1948] en que entró el *Negro Sansores* como gobernador se fundó el Banco de Crédito Ejidal, que era el que daba el dinero y créditos para el ganado, mulas, cerdos, gallinas, tierras mecanizadas y hasta camiones (51).

El primer dueño de la “Triplay de Campeche” fue el señor Jorge Vélez, pero fue demandado por el señor Carlos Pérez Cámara quien decía que se robaba las tablas de cedro (183).

A través de la historia individual se transparenta la vida de las comunidades marginadas: sus creencias religiosas, la inestabilidad económica y emocional, la lucha por la comida y el techo, las enfermedades, las calamidades que la naturaleza les enviaba — como huracanes o plagas de langosta. Se deja ver también la ineficacia de los organismos gubernamentales para apoyar a los campesinos. Se habla de la cercanía de la guerrilla guatemalteca, un ambiente de alcohol y violencia, en el que sin embargo Rubentino, y de seguro muchos otros como él, sobrevivían conservando cierto sentido de la aventura y la alegría de vivir.

El texto logra recrear con gracia la oralidad de la región, por ejemplo, cuando describe la forma como cazó un lagarto:

La cosa es que logré ver al animal y le pegué un tiro, saqué la sogá que siempre llevo como mecapal, le amarré la boca para pegarle otro tiro y ya después sacarlo de la cueva.

Lo pelé y me di cuenta que era un macho, como de diez pies de largo; es por eso que digo que allá, pegado a la playa, puro animal grande hay, porque de todos los que he matado por ahí, el más chico ha sido de tres pies de largo. Lo recuerdo porque después de sancocharlo, deshebramos la carne y nos lo comimos (181).

Rubentino Ávila Chi vivió 88 años durante los cuales conservó como única seña de identidad su definición de trabajador nacido en el trópico mexicano. Ni siquiera su nombre fue constante, pues en diversos momentos se le reconocía por apodos: *el Húngaro*, *el Cura* o *Patillas*.

Durante el proceso escritural, el biografiado apeló a veces a sus amigos y compadres para mejor recordar detalles precisos. Así que tanto los contemporáneos del autor como los antropólogos mediadores hacen que este texto sea el producto de la colaboración de varias instancias. En el caso de *Andando bajo el monte...* este carácter, en cierta forma colectivo, produjo un resultado interesante.

EDITH NEGRÍN

Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

Carlos Nogueira. *A Sátira na poesia portuguesa e a poesia satírica de Nicolau Tolentino, Guerra Junqueiro e Alexandre O'Neill*. Lisboa: Fundação Calouste Gulbenkian / Fundação para a Ciência e a Tecnologia, 2011; 828 pp.

Publicado bajo el sello de la Fundación Gulbenkian y de la Fundación para la Ciencia y la Tecnología de Portugal, este libro recupera la tesis doctoral que Carlos Nogueira presentó en 2008 en la Facultad de Letras de la Universidad de Porto. El investigador portugués, que ha desarrollado por más de tres lustros un destacado trabajo en el campo de las literaturas populares, se ocupa aquí de un área frecuentemente menospreciada por los críticos y teóricos de la literatura.

El ensayo se propone “evidenciar e compreender a presença constante da sátira na poesia lírica portuguesa” (16), valiéndose para ello de una estructura tripartita. El capítulo inicial está dedicado a la problematización del concepto de *sátira* (21-88). Un segundo capítulo constituye un estudio diacrónico de dicha producción poética comprendida sincrónicamente en el marco de los diversos periodos o movimientos literarios (89-561). Finalmente, encontramos un análisis detallado de la obra de tres autores representativos de la madurez satírica portuguesa: Nicolau Tolentino, Guerra Junqueiro y Alexandre O'Neill (563-736).

En la primera parte del estudio, Nogueira da preferencia a la designación de *lirismo satírico* (46), haciendo evidente su preferencia por este modo derivativo en el cuadro global de la poesía lírica, al tiempo que apunta el refinamiento poético de las técnicas convocadas (59-77) y de las formas en que la sátira se vierte (78-87).